

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LAS ESCUELAS DE EDUCACIÓN

José del Grosso

Antes de iniciar cualquier crítica a las Escuelas de Educación y a sus miembros, o mejor dicho, de cualquier reflexión sobre nuestro propio comportamiento como formadores de educadores, se hace necesario tener como referencia alguna noción más o menos clara de lo que es la educación. Para ello he seleccionado lo que al respecto afirma el Maestro Luis Beltran Prieto Figueroa, de modo que lo parafrasearé a continuación y lo usaré como punto de partida.

Etimológicamente, la palabra educación deriva del latín *educare*, formada de la palabra más antigua *educere*, compuesta de *ex*-fuera y *ducere*-llevar, conducir, y que también se traduce como sacar una cosa de otra. *Exducere* ha sido tomado en algunas oportunidades por engendrar, y *educare* por criar, perfeccionar lo

engendrado. En español, el **criar** se refiere al cuidado físico y **educar** a la dirección espiritual. Pero, ya que lo uno no puede ser separado de lo otro, nos refiere el Maestro Figueroa, que algunos han considerado la educación como dirección del crecimiento, de la crianza.

La doble etimología de la palabra educación da lugar a dos maneras de concebirla. Si tomamos como matriz *educare*, con ello se sugiere un proceso de nutrición desde el exterior, alimentar mediante el suministro externo de ciertos elementos, que pueden ser las materias de enseñanza. Si se parte de la palabra *exducere*, se expresa como lo indica Claparède, sacar de dentro hacia afuera, exteriorizar lo que hay en el espíritu, estimulando, mediante una adecuada metodología, la expresión original del ser, de lo que existe latente en él como potencialidad, es decir, hacerlo crecer, no como las piedras por agregación, sino como desenvolvimiento de algo espiritual.

Si tomamos el doble significado de la palabra educar en español, creo que todos podemos convenir, por lo evidente que es ello, que en nuestras Escuelas ni criamos a nadie, pues no nos ocupamos del cuidado físico de los alumnos; ni educamos en el sentido de *dirección espiritual*, pues a la mayoría de los miembros de las Escuelas de Educación ésto les suena como algo que pertenece a los sacerdotes y monjas, algo etéreo usado por ellos para engañar a las personas y aprovecharse de ellas a través del temor a Dios despertado mediante lo espiritual, lo que no hace más que revelar la ignorancia respecto a lo que es espiritualidad por parte de nuestros cientificistas, quienes, como ha demostrado la historia y lo demuestra su conducta en nuestras Escuelas, no han hecho sino sustituir a

Dios por la divinidad Ciencia.

Ya que de espiritualidad no se quiere saber nada, veamos que hay respecto a tomar como palabra matriz *educare*, ésto es, "como nutrición o alimento externo mediante el suministro de ciertos elementos, que pueden ser las materias de enseñanza". En relación a ello nuestras Escuelas de Educación también dejan mucho que desear, pues el "suministro de ciertos elementos o materias de enseñanza" se reduce a la transmisión y adquisición de información, y si somos honestos, la mayor parte de esa actividad consiste en ejercicio de la memoria.

Ejercicio que es además frustrante, por una parte, porque en el devenir del tiempo, los alumnos que admitimos están cada vez menos preparados para estudiar con provecho en nuestras Universidades, ésto es, no sólo no saben leer ni escribir, sino que incluso se observan problemas graves de sentido común. Para muestra un botón. Un alumno escribió literalmente en un ensayo para hacer en casa: "cuando el hombre sobrevivió a la aparición de la vida". Por otra parte, la formación con que arriban a la Universidad los nuevos profesores es cada vez más pobre, con el agravante de que la obligatoria formación de los Instructores generalmente no es puesta en práctica. Lo anterior nos dice que literalmente "los ciegos están conduciendo a los ciegos".

Pero ¿qué hay respecto a los profesores que realmente nos hemos formado, ésto es, que hemos realizado estudios de postgrado y llevamos a cabo importantes investigaciones? ¿Cómo nos podemos sentir ante alumnos que tienen un escaso vocabulario? ¿Cómo nos podemos sentir si después que la Universidad ha invertido tanto dinero en nosotros y nosotros hemos invertido tanto tiempo y

esfuerzo por aprender nos encontramos ante alumnos que no nos entienden?

La solución, sin importar las consecuencias, ha sido que disminuamos el nivel de exigencia. De hecho, a medida que avanza el tiempo los niveles de exigencia son cada vez menores. Parece que tras el parafraseo de eminentes educadores como Simón Rodríguez y Prieto Figueroa, y de las alarmantes investigaciones de Profesores como Ángel Rosenblat y Rafael Cadenas, no hay sino una evidente burla. Es interesante que las referencias a ellos cuando son usadas en nuestras casas de estudio, no son sino para lamentarnos, rasgarnos las vestiduras y decir que es triste no poder hacer nada al respecto.

Volviendo sobre el tomar como palabra matriz *educare*, así como las materias de enseñanza como alimento del intelecto, que en la práctica se ha reducido a un ejercicio de la memoria, cabe preguntarse dos cosas: ¿cómo van a realizar los alumnos, por no hablar de algunos profesores, dicho ejercicio si carecen de las herramientas mínimas? Y, suponiendo que en nuestra actual concepción de la educación ella no fuera sino eso, un ejercicio de la memoria, ¿cuáles son los contenidos que van a servir a dicho propósito?

La respuesta a la primera pregunta es evidente. Lo poco que se puede hacer en este sentido difícilmente puede ir más allá de lo trivial y del sentido común, con lo cual la Universidad y toda instrucción en general pierde sentido. Y en cuanto a la segunda pregunta, puedo decir que la tan trillada enseñanza derivada de la psicología, la sociología y la antropología, la cual pone de relieve la idiosincrasia de los pueblos en

cuanto a su forma de ver el mundo y su estilo de vida particulares, no es más que un mero formulismo repetido en el ámbito académico, pues una y otra vez se imponen en los programas de asignatura el estudio de teorías y métodos educativos que nada tienen que ver con nuestra forma de ser venezolanos y, que, por ende, simplemente son repetidos en el aula, sin que puedan ser aplicados. Todo lo cual genera un mayor sin sentido de nuestra actividad global como Escuelas de Educación.

Dentro de esta tendencia al ejercicio de la memoria entendida como educación existe la idea de que lo más importante para los estudiantes de Educación son los contenidos. De allí, que se juzgue que con un buen *pensum* y buenos programas de asignatura superaremos la crisis educativa de las Escuelas de Educación.

Pero con ello, ya de por sí, tropezamos con dos grandes problemas. El primero y más evidente es el qué entendemos por *buen* y por *buenos* y, el segundo, es que el ideal de bueno generalmente deriva no de una reflexión sobre nuestra propia idiosincrasia y de lo que nos conviene como seres humanos, sino de los ideales educativos de otros países, generalmente de los industrializados, cuyos problemas a enfrentar no son los nuestros y los cuales mantienen el ideal de que el poder está en la información. Lo que es grave de esto, es que parece no importar que el fruto que estamos recogiendo es el de que estamos formando estudiantes que egresan "con cierta cantidad de información", pero que no saben qué hacer con ella y, peor aún, que poseen un pensamiento que no les pertenece y que cumplen órdenes sin que medie reflexión alguna.

Tomemos ahora la otra acepción de la palabra educación, esto es *ex-ducere*, tal como nos indica el Maestro Prieto Figueroa

que la expresa Claparède: sacar de dentro hacia afuera, exteriorizar lo que hay en el espíritu, estimulando mediante una adecuada metodología, la expresión original del ser, de lo que existe en él como potencialidad.

Como ya señalé, nuestros científicos no quieren saber nada de la espiritualidad, de modo que a partir de su supuesta objetividad y cientificismo nos quedan en ese "sacar de adentro hacia afuera" el poner de manifiesto las potencialidades cognoscitivas, yendo más allá del ejercicio de la memoria, y estimular la expresión original del ser, por el cual se prefiere entender personalidad.

El hacer que en nuestros alumnos se pongan de manifiesto sus potencialidades cognoscitivas no es sino una ironía en la mayoría de las asignaturas, pues no pueden desarrollarse las potencialidades cognoscitivas de los alumnos si los mismos profesores desconocen cuáles son, cómo cultivarlas en ellos mismos y cómo servirles de modelo a los alumnos. Más irónico aún es hablar de tanto respeto por la individualidad y desarrollo de la personalidad si en la práctica la imagen dominante que tienen los profesores de los alumnos es la de minusválidos que son tratados, aunque no lo sean, como tales. Cosecha de ello, es que los alumnos en su mayoría tienen una autoimagen y una autoestima muy pobre de sí mismos, como lo he podido constatar a través de las investigaciones que al respecto realizo con ellos, lo cual, a su vez, se viene traduciendo en gran cantidad de temores, impotencia, frustración y desinterés por el estudio.

Aparte de esto, aunque se supone que la educación no es un proceso de agregación como señala Claparède, en la práctica

la mayoría de los profesores no hacen sino agregar información -tesis, algunas páginas fotocopiadas de libros, apuntes del profesor...- semestre tras semestre a quienes se están formando. Incluso las revisiones hechas a los *pensa* de estudio de Educación y los programas de asignatura, siguen centrando su atención en la agregación de información y en los métodos.

Y aquí seguramente algunos dirán que no es cierto y argumentarán con diversos tecnicismos. Pero antes de que digan nada, yo les pregunto: ¿en qué lugar de los *pensa* hay asignaturas, seminarios y actividades dirigidas concretamente al desarrollo de la expresión corporal y verbal, a la expresión y al manejo de las emociones, al cultivo de la sensibilidad, al cultivo de las relaciones interpersonales, al cultivo del aprender a vivir consigo mismo y con los demás?

Me pregunto qué hacemos con todos esos tecnicismos y maravillas de los *pensa* y programas de asignatura, si al no incluir ninguna de las actividades mencionadas cuando el egresado se enfrenta a los alumnos no sabe cómo pararse ante ellos, no sabe qué hacer con sus manos, ignora cómo mirar, impostar la voz, modularla y pronunciar las palabras correctamente con la debida dicción. Menos aún, porque tampoco se les enseña cómo relacionarse con los alumnos.

Lo peor, es que no obstante todo lo que se dice sobre el proceso de enseñanza-aprendizaje, tal como las peroratas sobre cómo debe ser dicho proceso y cuál la debida relación profesor-alumno, no son sino cuentos de calleja, pues con demasiada frecuencia se olvida que el modelo de ser educador no

se adquiere mediante el lenguaje verbal, es decir, repitiendo deben hacer y comportarse de esta forma; y el leer libros, sino y principalmente, mediante el lenguaje no verbal y lo que aprenden, por lo que he podido saber a través de las investigaciones que realizo con ellos, es que aprenden a dejarse maltratar y a maltratar grosera y sutilmente a los alumnos. Más aún, del comportamiento global de un grupo significativo de los profesores de Educación, aprenden el resentimiento, la desidia y la impunidad ante la irresponsabilidad. Aprenden de ellos a comportarse como si realmente fueran responsables y dedicados, cuando en verdad no lo son.

Con tanta científicidad y tecnicismo, con el objeto de elevar el nivel académico de las Escuelas de Educación, se ha dejado de la lado la Ética. La moral y la ética parece que les suena a muchos profesores a gazmoñería y a lo que ellos consideran como las estupideces que solían decir nuestros padres y abuelos, pues para ellos, la ética y la moral sólo servían para trabar e inhibir nuestra espontaneidad. Algo muy conveniente cuando se confunden la libertad con el libertinaje y cuando no se desea asumir la responsabilidad que todos compartimos ante los alumnos y ante el país y cuando los intereses de grupo están por encima de los del colectivo.

Quedan aún otros problemas graves. Pero quizás los que más resalten son el de la tarea básica de la Educación, que es la de producir cambios de conducta y el que desear ser educador significa el haber resuelto, al menos en forma significativa, los problemas de personalidad más acuciantes, para poder ser realmente modelo adecuado para los demás de cómo enfrentar la vida y cómo vivir con uno mismo y con los demás.

La tarea de producir cambios de conducta realmente significativos en la vida de nuestros futuros egresados, aun cuando éstos estén muy bien definidos y podamos considerarlos altamente deseables, son prácticamente imposibles, pues los mismos se pretenden alcanzar sólo a través de buenos consejos y admoniciones. Más aún, cuando un grupo significativo de los profesores de las Escuelas de Educación ignoran quiénes son los alumnos; cuando el único cambio que parece importante es el de que los alumnos agreguen más contenidos a su memoria y cuando lo importante para las Autoridades es que se den clases y para los alumnos recibir el título de Lic. en Educación, en la creencia de que así resolverán sus problemas de la vida.

Como sólo importa a pocos quiénes están educando a los venezolanos y desde el punto de vista político los docentes no son sino un elemento más que se suma a las estadísticas que demuestran el supuesto esfuerzo que hacen los gobiernos por educar al pueblo, los problemas de personalidad de los docentes pasan a un segundo plano. Cuando hacemos una evaluación de esto, el precio que estamos pagando por nada es muy alto tanto económicamente como emocional y afectivamente. La Nación eroga de sus arcas millones de dólares anualmente y el resultado no es otro que el de un alarmante número de analfabetas funcionales; el de maestros y docentes que aumentan en progresión geométrica las estadísticas de enfermedades psicosomáticas del IPASME y el de alumnos que además de no aprender para la vida son objeto de las agresiones de sus maestros, junto con todos sus prejuicios e inhibiciones.

La pregunta es ¿qué estamos haciendo en nuestras Es-

cuelas con la Educación? No podemos seguir engañando a los demás y engañándonos al culpar a los demás, es decir, a los maestros de primaria y secundaria, pues somos nosotros quienes hemos estado formándolos durante cerca de 40 años y es el producto de ellos los que siguen llegando a nuestras manos y seguimos lanzando al mercado de trabajo. Tampoco el problema es solamente el Ministerio de Educación o el Ministro. No son ellos los que tienen que lidiar con nuestros alumnos, somos nosotros y todo lo que hagamos bien o mal, se refleja en ellos. En todo caso, si nuestros egresados fracasan es nuestro el fracaso.

Y en caso de querer seguir culpando a los estudiantes con la excusa de que no quieren estudiar o que son de una u otra forma, también es responsabilidad nuestra, tanto por nuestra propia debilidad al no hacer respetar las normas como por haber convertido las Escuelas de Educación en centros, de beneficencia pública, que se amoldan a todas las arbitrariedades y debilidades del estudiantado y al clientelismo político.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

- Prieto, L. (1985). *Principios generales de la educación*. Caracas, Monte Ávila.